

pite casi sin contradicción, sin duda porque el temor á los enemigos del orden público, hace que muchos se exageren este servicio del gobierno actual. Pero ha llegado el momento en nuestro juicio de hablar con franqueza y de fijar el verdadero valor de esta prenda que se atribuye al gabinete. Ha llegado el momento de que se diga al país con toda franqueza, lo que tiene que agradecer al ministerio. Las verdades que le digamos podrán parecer severas, pero no son menos evidentes.

¿Qué pruebas ha dado el gobierno de su fortaleza? ¿Qué ha hecho para mantener el orden público? El gobierno ha reprimido los motines: es decir, cuando se ha notado algún síntoma de desorden, al punto las autoridades militares han acudido á su puesto, espoliando muchas veces su vida al venir á las manos con los revoltosos. Cuando alguna conspiración se ha tramado por los enemigos del orden, la policía ha logrado descubrir la oportunamente, y las autoridades civiles han procedido activamente para evitar que llegaran á comprometer seriamente la tranquilidad pública. La policía de Madrid descubrió la conspiración de Renjifo del verano de 1844. El capitán general de Cataluña y las tropas del ejército, castigaron á los revoltosos del Principado, sublevados con motivo de la quinta. El capitán general y el jefe político de Madrid, sofocaron la rebelión de este verano contra el sistema tributario; y el capitán general de Valencia ha castigado últimamente el amago de motín ocurrido en la misma capital dos meses hace. ¿Cuál ha sido pues, el papel del gobierno en estas diversas rebeliones? ¿Qué parte ha tomado en estos varios y graves sucesos? ¿Ha sido por ventura el prestigio de su nombre, la influencia personal del presidente del gabinete, lo que ha decidido del éxito de estas varias empresas? Si se nos prueba por consiguiente que el haber cumplido las autoridades con su deber en las crisis políticas, por donde ha pasado el país de dos años á esta parte, se debe exclusivamente á llamarse Narvaz el gabinete; si se nos prueba que sin un presidente del Consejo, como el que en el día desempeña el ministerio de la Guerra, no habría habido autoridades que hicieran lo que han hecho los generales Concha, Córdova y Roncali, ciertamente sería deudor el país al ministerio, esto es, á las personas de los ministros, de la paz de que por fortuna disfrutamos. Nosotros no haremos á estos beneméritos generales el agravio de suponer que sus brillantes servicios no los han prestado á su patria, sino á los nombres de los ministros. No creemos que las autoridades que han tenido ocasión de adquirir nuevos títulos al reconocimiento de su país, no se hayan movido por otros resortes que los que tienen en la mano los consejeros de la corona.

Comprendemos que la entidad moral, llamada gobierno, gane gran fuerza y prestigio cuando la componen personas cuyos antecedentes se enlazan de tal manera con la historia de su país, que no pueden menos de dar una importancia inmensa y un prestigio glorioso al poder que ejercen. Napoleón conquistó la potestad suprema en Francia á fuerza de victorias: Washington la ganó en los Estados Unidos conquistando su independencia: el mismo Espartero merecía si no la que tuvo, por lo menos una influencia poderosa, habiendo sido el general afortunado que concluyó la guerra civil; el mariscal Soult, que preside hoy el gabinete francés, representa las glorias de la Francia: Peel en Inglaterra es el representante de una clase poderosísima, y tiene las simpatías de un partido inmenso. Mas ¿pueden hallarse iguales títulos en nuestros ministros? ¿Qué fuerza, qué prestigio traen cada uno de ellos al gobierno? ¿Qué valor tienen cada uno fuera del que les proporciona su posición oficial? Veámoslo. El nuevo duque de Valencia es un general arrojado, de menos instrucción que fortuna, mas propio para imponer con su mal humor que para atraerse ajenas voluntades, y mas digno de mandar una columna de tropa que de dirigir los negocios políticos de un Estado. Sus antecedentes no se pierden, á la verdad, en la noche de los tiempos, ni su hoja de servicios es tan completa como la de otros generales; pero en cambio su nombre como general político y como espada dispuesta en toda ocasión para llevar á cabo cualquier empresa arriesgada, data desde 1838. Su gran hazaña, su mas ruidoso hecho de armas ha sido la victoria de Ardoz, y si hemos de decir lo que pensamos ahora que contemplamos mas friamente aquel acontecimiento, no podemos entusiasmarnos por-

que seamos los primeros en reconocer el influjo decisivo que tuvo en el cambio de la situación y el mérito del general en jefe, que espuso su vida y la existencia de su división en un golpe de tanto arrojo. La batalla de Ardoz fué, pues, un hecho militar que prueba mas valentía y decisión que prudencia y cálculo en quien se atrevió á acometerlo. Pero podrá llamarse nunca una gloria nacional? ¿La recordará la historia como recuerda la batalla de Bailén ó la defensa de Zaragoza? Y si los antecedentes militares y políticos del presidente del gabinete no son de esos que proporcionan en el país una influencia poderosa y en la historia un nombre eterno, ¿cuál es la fuerza personal que el presidente del consejo de ministros puede traer al gobierno? No pretendemos como se ve, rehacer su mérito ni escatimarle la justicia que merece, pero bueno es que queden en su lugar sus servicios, á fin de que no se forme un juicio inexacto de su importancia. El general Narvaz puede ser tan digno y respetable como se quiera, y no por eso prestará al gobierno la fortaleza que algunos le atribuyen. En el general Narvaz no hallamos ninguna de las condiciones que, como hemos dicho antes, constituyen la fuerza é influencia personal de los ministros, ó por lo menos la que sería necesaria para que se atribuyera á ella el único resultado que en su apoyo puede ofrecer el ministerio. Si el general Narvaz hubiese mandado muchos años los ejércitos; si los hubiese conducido á la gloria y á las grandes victorias en muchas y muy solemnes ocasiones; si personificase el interés, la opinión y la obediencia del ejército, comprenderíamos que su permanencia en el poder fuese una garantía segura del orden. Pero cuando ha tenido ocasión el general Narvaz de captarse la voluntad, el amor y la obediencia personal del ejército? ¿Qué hecho puede alegarse que con él le identifique? ¿Quién ha sido el general Narvaz durante la guerra civil? Las mas veces un general proscrito; cuando mas un jefe de columna; cuando proscrito le compadecíamos: cuando vencía á Gomez en Majaceite, le admirábamos; pero no hemos podido tenerle igual admiración cuando le hemos visto al frente del ministerio. Pero como vencer en Majaceite y en Ardoz no son títulos bastantes para ejercer en el país una influencia personal muy considerable, no sabemos en qué pueden fundarse los que se le atribuyen.

Resulta, pues, de aquí, que la fuerza del general Narvaz no es una fuerza propia, sino prestada por su posición: no es otra misma que la del gobierno; es menor en mucho que la que tenía Espartero cuando estaba en el poder, é igual á la que tendría cualquier general bien reputado que le sucediera en su puesto. Muchos hay en la nación que tienen tantos y mas antecedentes que él: si mandaran, ¿por qué habrían de gozar menor prestigio? ¿por qué no habrían de hacer lo mismo que él hace para el mantenimiento del orden público?

Si el gobierno tiene fuerza, no le viene por cierto de la persona de su presidente, sino de su propia situación, de los recursos que puede disponer como tal gobierno. Que los demás ministros no le proporcionen ninguna, no necesitamos probarlo, porque nadie tiene tampoco la pretensión de suplirlo. Por lo tanto solo queda que averiguar hasta qué punto es grande la fuerza del gobierno.

Tiene fuerza el gobierno para vencer los motines que puedan estallar, contando con el apoyo del ejército. Pero como el orden no está mas que en las calles, según hemos dicho hace pocos días, la fuerza del gobierno es insuficiente en cuanto no se funda sino en la fidelidad de la tropa. El día en que le faltaran algunos batallones, cosa que suele suceder en España con mas frecuencia de lo que debiera, el gobierno sería del todo impotente. Y sucedería así, porque el gobierno no tiene mas apoyo que la fuerza leal que le sostiene; porque no cuenta con el auxilio de los intereses y de la opinión, que son la base segura de los gobiernos; porque su existencia, en fin, pende de un hilo tan delgado, que se rompería fácilmente al soplo mas ligero de las revoluciones. Contra este peligro es nula la fortaleza del gobierno, y nosotros que amamos la legalidad y el orden, no podemos dejar de prevenirnos, á fin de que no descansen la opinión sobre una esperanza que se desvanecería en el momento en que debiera realizarse.

La mayor parte de los hombres de la situación que dan apoyo al ministerio Nar-

vaz, aquellos mismos que obran por convencimiento cuando se resignan á pasarse á las filas de la oposición, proceden de un error que es preciso combatir, no tanto por lo que atañe á la cuestión de la actualidad, cuanto por lo que importa al triunfo de los principios en el porvenir.

En buen hora, nos dicen, los hombres mas concienzudos: es imposible es dejar de convenir en que el gabinete no representa las ideas del partido conservador; que ha confundido la firmeza en la conservación del orden público con los atropellamientos y desmanes; la energía con la arbitrariedad; en buen hora que convengamos en que la cuestión de Roma ha sido torpemente dirigida, que los hombres del poder han demostrado que carecen de sistema, y de firmeza de principios: pero la dificultad es mas grave; si el ministerio sucumbe, no hay detrás de él mas que el triunfo de la revolución: el general Narvaz no puede descender del elevado puesto en que se encuentra, sino por el triunfo revolucionario, el partido que lance al general Narvaz de la silla ministerial será víctima de su improvisación como lo fué en 1843 el progresista al separarse de Espartero.

He aquí, el grande argumento he aquí la objeción que parece decisiva y la que influye en la mayor parte de los hombres que por temor del resultado se abstienen de dar guerra á sus inclinaciones y hacer cruda guerra al desafortunado gabinete.

Vamos, pues, á analizar este argumento y examinar detenida y concienzudamente las cuestiones que encierra.

Primera cuestión. ¿La situación del partido moderado con el general Narvaz y la de este con el país, es igual á la del partido progresista con el general Espartero y de aquel con la nación?

De ninguna manera. El partido progresista debía al general Espartero exclusivamente su triunfo en 1840; el ejército estaba personificado en él solo y se hallaban unidos por vínculos, que no calificaremos ahora; pues consistían en haber lanzado del trono á la que por la voluntad del país lo ocupaba. Colocado el general Espartero á tanta altura como la realeza del reino, se hallaba en buenos principios constitucionales fuera del alcance de los tiros de la oposición, y no podía ser derribado de su puesto: sino revolucionariamente esponiendo á la nación á los trances de un movimiento que podía fácilmente convertirse en una guerra civil.

Ninguna de estas circunstancias concurren en el general Narvaz. Que debe el partido conservador estarle reconocido por los eminentes servicios que ha prestado, es indudable; y en verdad que no podrá con justicia quejarse de ingratitud, y de que no se le hayan prodigado cuantas muestras de aprecio y distinción puedan concederse á un militar. Pero el general Narvaz está muy distante de ser el solo, el único, como sucedía al partido progresista. El partido conservador se lisonja de contar en su seno otros y otros generales distinguidos, de eminentes servicios, de grandes cualidades, de indisputable prestigio; y el partido conservador ademas no mira á su general como instrumento de fuerza, sino como militares que cumplen ciegamente el deber que les corresponde, cualesquiera que fueren sus afecciones políticas.

El general Narvaz carece de todo asomo de principio de inviolabilidad: es el presidente del Consejo de Ministros, y como tal, objeto de franca oposición por los que creen como nosotros y la mayoría inmensa del país, que el ministerio no va por buen camino, y que compromete al partido que no sabe representar, y pierde á la nación á quien trata sin dignidad.

Nuestra oposición por lo mismo, lejos de tener nada de violenta ni ilegal, ni apasionada, es noble, es leal, es concienzuda; quizá nuestras afecciones particulares podrían llevarnos á apreciar individualmente á los ministros, pero nuestros principios nos obligan á combatirlos, pero de frente, con firmeza, sin animadversión.

Y si el objeto de nuestro propósito triunfara, ¿podría resentirse en lo mas mínimo la tranquilidad del país? Nada menos: desencáñense los melancólicos, los hombres moderados que sueñan con la revolución, que creen oír á cada grito de oposición, un grito de alzamiento, y el triunfo reaccionario de sus adversarios políticos. Precisamente de esos temores no exajerados ni ciegos, sino justos y fundados, nace nuestra oposición. La revolución tiene mucho adelantado, cuando se atropellan todos los derechos; cuando

un gabinete como el actual, echa mano como medios de gobierno, del atropellamiento de los individuos, y la conculcación de todas las leyes; cuando no respeta la opinión del país, y vive solo sostenido por la fuerza; cuando establece la dictadura hasta en sus últimos funcionarios; cuando camina á la reacción y amenaza á todos los intereses creados por la revolución victoriosa y consolidada.

En tal situación, todas las personas tiemblan; todos los intereses se alarman, y el ministerio que tal hace, podrá cansar miedo á los débiles, pero alienta á los osados, concentra el odio, y hace temer por posible en una ocasión dada la revolución.

Pero en el caso contrario, si empuñasen las riendas del poder otros hombres del partido mismo conservador, mas fijos en los principios, mas amantes de las doctrinas constitucionales, que conciliasen la firmeza en contener los desmanes con la tolerancia de los hechos inofensivos aun de oposición; que supiesen hacer respetar la dignidad nacional entre los extraños y dar garantía á los intereses creados; que fuera conservador, pero no reaccionario; atento con los amigos; pero no exclusivo con el pandillaje: que hiciera entrar á cada cual en el círculo de sus atribuciones, y no quisiera obligar á los capitanes generales y comandantes militares, á que se convirtieran en instrumentos de arbitrariedad; un gobierno semejante tendría simpatías en el país, sería respetado y querido, y haciendo no solo tolerable sino dulce hasta para sus adversarios, su dominación, vería disminuirse las tentativas de resistencia.

Ni esto produciría como habia de producir necesariamente la caída de Espartero una revolución en el país. El día en que la corona se convenciera de que el actual gabinete no era conveniente á la prosperidad de la nación, que carecía de mayoría en la cámara y le retirase su confianza, en aquel acto ninguna odiosidad recaería sobre su jefe el general Narvaz. Espartero derribado de la realeza, no tenía mas recurso que el ostracismo. El general Narvaz derribado del poder continuaría prestando á su patria y á su reino, los servicios de que es capaz en cualquier otra comisión mas análoga á sus cualidades, porque el ministerio no es sino un encargo que S. M. confía, sin que imprima ningún carácter al agraciado con él. Y el orden actual no habria de resentirse en lo mas mínimo, porque no pretendemos nosotros que deje el poder el partido conservador, sino que dejen de representarle en él los hombres que han acreditado que no profesan sus doctrinas.

Hemos demostrado pues á los tímidos y recelosos, que sus temores carecen de fundamento, que no existe la menor analogía entre la situación de los hombres y de las cosas en 1843 y 1846.

Y luego cuando se llevan á este punto las cuestiones, es preciso apurarlas y penetrar hasta su última consecuencia. Y por ventura, es digno, es tolerable que se suponga siquiera que un partido y que la tranquilidad de una nación entera dependen de uno ó de seis hombres, cualquiera que estos sean? No: eso es una suposición indecorosa en cualquier país; en España es mas, es una impostura. En España, recórrase la historia desde sus tiempos mas remotos, jamás ha existido un hombre indispensable: cuantos han tenido la ridícula presunción de suponerlo se han hundido en el polvo en el momento.

Ni las naciones pueden vivir con dignidad mientras vean empuñado su gobierno en personas y no en instituciones.

Nosotros creemos que no nos hallamos en semejante caso; creemos que el trono de Isabel II, que la constitución del país descansan en cimientos incontestables; si ensáramos de otro modo, lejos de procurar alejarnos mas de este fin, contribuiríamos con todas nuestras fuerzas á acercarnos él, dando solidez y consistencia á las cosas, dejando en su natural debilidad á las permas, y no aumentando con exageraciones buldadas, con temores ridículos, dificultades que nada valen en sí mismas.

El general Manso ha hecho dimisión de la capitania general de Aragón, y se asegura que le ha sido admitida.

Como verán nuestros lectores en su respectivo lugar, el 18 á las doce toavía no se habia resuelto la crisis ministerial de Inglaterra. El parte telegráfico de París que anunció la vuelta de sir Roberto Peel al ministerio, se refería á noticias del mismo día.

Es, pues, probable que en la conferencia de que hablan los diarios ingleses se decidiera lord Russell á dimitir el cargo que le habia confiado la reina Victoria.

La estafeta de las embajadas que debió llegar ayer, no habia llegado esta mañana.

Los rumores que corren acerca del matrimonio de nuestra reina van siendo cada día mas alarmantes, dándoles consistencia el silencio de los periódicos ministeriales sobre una cuestión de tanta entidad, silencio fatídico que siempre suele preceder á las grandes calamidades.

Veáanse las noticias que acerca de este asunto dá ayer el *Español*, al parecer muy bien informado.

Una comunicación importante últimamente dirigida por el Rey de Nápoles, relativa al casamiento de su hermano con nuestra reina, y cuyo contenido se cree ser el consentimiento de S. M. Siciliana para el enlace, y otro correspondiente nos asegura contiene hasta los mismos poderes para efectuar el matrimonio; esta comunicación, decíamos, ha partido de Nápoles, sin que acerca de ella se haya dicho una sola palabra á nuestro ministro en aquella corte, el Sr. Duque de Rivas. El embajador de Francia, duque de Montebello, es el que se ha entendido con el Rey de Nápoles, y espedido á París un correo, portador del autógrafo. Recibido este allí con gran misterio, y dando á su contenido la mayor importancia, ha sido expedido á Madrid por Mr. de Buxov, agregado al ministerio de relaciones exteriores. De manos de este mensajero autorizado y especial, el pliego ha pasado, como era natural, á las del señor embajador del Rey de los franceses en esta corte; y como embajador de familia, y gozando del privilegio de ver á S. M. directamente, el señor conde de Bauxos, ha podido poner á manos de la Reina los despachos partidos de Nápoles, sin que ni por incidente siquiera la mano de un funcionario español, embajador ó ministro, haya tocado á misteriosa carta.

Esperamos estar mas seguros de la veracidad de estas noticias para considerarlas como corresponde; y si salieran ciertas seríamos de los primeros á denunciar al país el hecho mas escandaloso con que coronará el actual gabinete su desafortunado gobierno.

ACET A DE ESPAÑA Y DEL EXTRANJERO.

Se nos ha asegurado por persona fidedigna que habiendo reclamado varios alumnos de la academia especial del cuerpo de ingenieros licencia del jefe de estudios para venir á esta corte á pasar las Pascuas al lado de sus familias como acostumbraba á concederseles, ha consentido aquel señor respecto al reduccionismo de jóvenes de aquel establecimiento, que entraran en la guerra en Guadalupe. Ríndase esta arbitrariedad pero es de esperar de la justificación del señor director del cuerpo que la corrija y manifieste ser extraño á ella cual suponiendo.

Ayer noche se celebró una reunión de diputados en casa del señor Pacheco, á la cual asistieron mas de treinta individuos de la minoría de las cortes. Leyóse en esta reunión el proyecto de mensaje que ha de presentar el señor Seijas Lozano, como voto particular, el cual comprende, según ya habíamos anunciado, un programa completo de las opiniones y principios de la oposición parlamentaria, programa que estamos seguros de que será bien acogido por todos los partidos de la nación, porque encierra palabras de tolerancia, consejos de moralidad é ideas de gobierno que todos tienen interés en ver establecidas. Pero especialmente una manifestación de las doctrinas liberales y al mismo tiempo conservadoras de la fracción independiente del congreso. Según nuestras noticias encontró este proyecto una completa é inequívoca aprobación en todos los diputados que se hallaban presentes.

El mensaje de la corona dará lugar en el congreso á importantes debates, los cuales mostrarán con toda claridad cuáles son los puntos que separan á la nueva oposición del sistema del gobierno.

Hoy se lee en el senado el proyecto de contestación al discurso de la corona. Las discusiones del alto cuerpo colegislador deberán empezar el lunes, y cuando terminen tendrán principio las del congreso.

Corren en los círculos políticos versiones muy diferentes acerca de los motivos que han impulsado al gobierno á aceptar, si bien con algunas modificaciones leves, el proyecto de contestación redactado por los señores Galiano y Brabo Murillo. Aseguran los que parecen mejor informados que ha habido graves discusiones acerca de este punto en el consejo de ministros, y que solo han consentido éstos en aceptar el documento á que nos referimos cuando se les ha hecho entender que de otro modo ocasionarían la disolución de la mayoría. Si es así, en efecto la fracción Brabo Murillo continuará ejerciendo una gran influencia en el parlamento.

Ayer ha corrido la voz de haberse encargado definitivamente de la formación

La librea de los lacayos que acompañaban al hijo de Le Cerf, era de un color brillante que desde muy lejos podía distinguirse. Detúvose el carruaje en el puente Tournaux, y allí se apeó Roberto para pasar por entre la turba. Ya no era el joven que dos días antes se aprovechaba de un momento de libertad para recorrer rápidamente las alamedas del jardín, reparando en todos los transeúntes y especialmente en las mujeres, sin que nadie reparara en él. Ahora por el contrario, observaban todos el buen talante, la elegancia, la gentileza y hasta la gravedad del joven caballero. ¿Quién hubiera dudado que Roberto debía la vida á una persona rica y titulada, al ver con tales atavíos? Era tan elegante su traje, marchaba con tal desembarazo el largo bastón de palo de rosa que en la mano llevaba! Las mujeres volaban instintivamente hacia Roberto para verle mejor; los cortesanos se inclinaban unos á otros.

—¿Quién es ese?

—Es la primera vez que le vemos.

—Vendrá de alguna provincia.

—Imposible! será mas bien un noble extranjero.

Indiferente, insensible á estas observaciones de que no se creía objeto, Roberto marchaba pensativo, produciendo efecto sin querer, sin saberlo, y tal vez por estas dos razones.

Por aquella época iba creciendo la boga del jardín de las Tullerías y en él se reunían diariamente todos los elegantes. Creyendo Le Cerf por esta razón que allí debía urdir sus tramas los culpables, pues casi todas solían empezar por galanteo, esperaba encontrar en las oscuras alamedas del jardín el celo ofrecido á los inescritos, víctimas del su afición á las amorosas aventuras. Importábale pues, conocer á los que mas frecuentaban aquellos parajes, y reunir los suficientes datos para dar dirección á sus sospechas ya que averiguar la verdad le fuese por el pronto imposible.

(Se continuará.)

raz, podía vivir libre sin que me conocieran. Me ofreció prestarme su auxilio para una evasión simulada por medio de la cual pudiera sustraerme á una sentencia infamante, si aceptaba estas condiciones... y otra mas...

Montbrun calló de repente fijo de valor para hacer la terrible confesión que aun le faltaba... No pude salir de su boca las palabras de *ojete de policía*. Se habia atrevido á decir su crimen, hubiera confesado un asesinato si las pasiones se lo hubiesen hecho cometer; mas la vergüenza no le permitió declarar á Roberto la otra condición á que debía su indulto y la libertad... Haciendo una franca transición continuó de este modo:

—La mujer seducida por mí, iba á ser madre; aun vivía en mi corazón el amor que me habia inspirado; la naturaleza y el deber aminoraban su voz en medio de mi arrepentimiento.

—¿Qué hiciste?

—Consenti vivir solo en medio de París... fundé todas mis esperanzas y mi felicidad en una idea divina y misericordiosa... No perdí de vista á la infeliz mujer cuyo honor habia manchado. Mas sucumbió su á dolor: rió y yo recibí en mi casa á un niño de corta edad.

—¿Qué decías?

—A un niño... á quien no podía dar el nombre de hijo.

Roberto lanzó un terrible grito: vio á Montbrun levantarse con los brazos abiertos como para presentarle en ellos un refugio, y un impulso natural le precipitó en el regazo del niño.

—¡Ah! padre mío, padre mío exclamó Roberto.

—Si, sí, soy digno de ese sagrado título; el amor paternal ha sido para mí uno de esos crímenes en que loco se acendra.

El joven permanecía con el rostro oculto entre los brazos que le estrechaban amorosamente.

—Si, he vivido para ti, Roberto; y Dios, á quien sin duda implora también tu madre, hará descender sobre mí su perdón.

Los sollozos que Roberto no podía ya reprimir, dije

ron una nueva fisonomía á esta terrible y tierna escena.

VI.

Ya lo hemos dicho: la revelación de Montbrun tuvo una restricción. Fallaba la parte mas difícil. ¿Qué padre que alirge en su corazón algún amor á su hijo, se atreverá á decirle: —soy agente secreto de policía? Sin embargo, debemos manifestar que Montbrun nunca habia empleado su inteligente actividad en escurrir la conciencia de los ciudadanos, en espíarles en sus opiniones religiosas ó políticas. Cien veces se habia explicado sobre este punto con M. de La Reynie; y ni aun la promesa de cesar en sus funciones, objeto constante de sus deseos, habia podido convertirle en lo que entonces eran y en lo que hoy todavía son tantos honrados revisores de títulos, que sirven secretamente al poder á trueque de crecidos sueldos.

Era sin duda importante, para que Roberto le ayudase á dar con los criminales cuyo castigo se hacia ya tan urgente, que conociera el peligro á que iba á exponerse: pero entonces hubiera sido necesario á Montbrun pronunciar la terrible frase: —soy Le Cerf... y Montbrun habia padecido ya tanto con la confesión de sus pasadas faltas, que hubiera preferido la muerte á esta nueva revelación.

Pasados algunos momentos en un silencio igualmente solemne para el padre y para el hijo, dijo por fin el primero.

—Roberto, Roberto, ¿por qué honras de abismos cuando mas energía y serenidad necesitamos...? Esa libertad, ese indulto que los magistrados me prometieron, tú solo me los puedes dar, hijo mío... pronuncia mi sentencia ó déjame leerla en tus ojos.

Y como Roberto doblaba la cabeza...

—¡Miradme, Roberto, miradme! os lo suplico; miradme por piedad... ¡Glorie de morir agobiado por vuestra maldición!

Era tan desgarrador el acento de Montbrun, que el

óven alzó lentamente la cabeza procurando dominarse; los

ojos, aunque bañados en lágrimas, tranquilos, nada expresaron que pudiera aumentar la desesperación de su padre.

—Dios ha visto vuestro arrepentimiento, dijo; no tengo que daros para juzgaros.

—Yo te lo concedo.

—Dios es el único juez, padre mío.

—¡Perdóname, pues! exclamó Montbrun haciendo ademán de arrojarse.

Pero Roberto se lo impidió recitándole en sus brazos, y á su vez le pidió perdón por no haberle conocido antes por padre. Restablecida entonces la calma, pudieron proseguir una conversación indispensable.

—Prestame atención, hijo mío; de resultados de mis pasadas faltas, dependo hoy de personas que hace veinte años me han impuesto el suplicio, de ocultarme á vivir entre tinieblas, solo á este precio se me ha permitido el placer de cumplir mis deberes para con mi hijo... He contruido una deuda, largo tiempo he sido una ingenuidad ó de una esclavitud merceda; y esa existencia, común á todos, que pretendo recobrar con el nombre de mi padre: ese nombre que he cesado de llevar para poder transmitirle, puro y sin tacha de mi padre á mi hijo; esa felicidad tanto tiempo esperada, solo pue de lucir para mí por tu mediación, Roberto... Si, tú ya es la tarea de libertarme, completa ahora el dar muestras de tu agradecimiento, bajar como yo al pozo para salvar á tu padre... Todas mis esperanzas se hallan reconcentradas en tí: tú eres mi orgullo, mi alma, mi existencia, mi dignidad, mi honor, mi refugio...

—¡Hablá, hablá, padre mío; vuestra es mi vida.

—Ten presente que han de pesar sobre tí mis dolores, mis largas humillaciones...

—Solo tengo presente vuestro amor.

—Prométeme, pues, obedecerme ciegamente, sin hacer una sola pregunta, sin pretender sondear las razones que me mueven.

—Debo obedecer á mi padre.

—Es poca tu sumisión, necesito de tu dulzura.

—No tengo mas voluntad que la vuestra.

—Dios mío por fin empiezas á compaderte de mi arrepentimiento.

Montbrun condujo á su hijo á la sala; uno á Pelajia y la encargó digese á los dos lacayos que aguardaban que dispusieran el carruaje de Roberto.

Llena de asombro el ama de llaves, mandó á toda prisa á ejecutar las órdenes que acababa de recibir, mas no sin pretender adivinar lo que significaban aquellas trascendentales alteraciones en las tinieblas de la casa. Había observado la palidez de su señorito, y aunque todo en apariencia era brillante presentaba en el medio de tanto júbilo podía haber germin de lágrimas. Entretanto Montbrun abría una ventana, examinó el estado de la atmósfera, y como una espada que entró á Roberto, y presenció un sombrero adornado con plumas.

—El tiempo está bueno, le dijo, á estas horas van las personas de distinción á pasearse en las Tullerías... el coche está dispuesto... ve. Pero escúame antes; amas á una mujer... lo sé... Es preciso! la busques... que la conozcas. Aventurate con audacia propia de un noble. Ese es el modo de ganar hasta el... Sal, pues, te dejo en plena y alta libertad... á tus órdenes tienes dos lacayos acabo de transformarme en un elegante caballero; late como á tu traje correspondiente.

Roberto, á quien nada podía ya sorprender, se dejó llevar por la corriente que le impulsaba hacia escaleras, pasó por delante de Pelajia sin verla, subió al carruaje, y los dos lacayos ocuparon su puesto des de gritar al cochero: Al jardín de las Tullerías.

—¡Dios mío! salvad el honor de mi padre! murmuró el óven al oír la rotación del carruaje.

—¡Dios mío! salvad la vida de mi padre, exclamó Montbrun al verle marchar.

Dicho esto salió también y desapareció por las

sinuosas calles que conducían á la galería

nuestra dominación (¿no es verdad, señores ministros?), era un señuelo, un engañoso imbel que atraía á los ociosos españoles hacia aquellas playas, estimulando su afición de peregrinar y andar por el mundo. Los ministros encargados de hacer la felicidad de aquel país (Portugal) como los compañeros del señor Narvaz, y el en persona la del nuestro (España) van ¿y que hacen? Anulan tales privilegios y franquicias y las borran; y los nuestros suple Ministros dicen, el remediar esto es cosa de un estornudo; no pueden alerarse de *colin, colin*, es cierto, tratados tan antiguos, concertos tan venerables, sin ponerse de acuerdo ambas partes interesadas, pero cañellones, como á nuestra condición conviene, (la parte militar) y remedios de esta manera indirecta (aquí entra el costado diplomático) y restañemos de tal modo (aquí habla la finanza) y gobernemos por este me-

Ya veis, amados lectores, que si por per-
tencia, no por otra razón plausible, es dese-
rerais y es mordeis de rabia los corbejones,
es porque falten motivos de consuelo, ni
porque se echen de menos razones á docenas,
ni porque no se encuentren ejemplos de se-
mejante admirable resignación, y sobre todo
porque os falte lema que adoptar, grito de
guerra que acallar, ó estrovido que añadir
á cada copla que canteis, á cada estrofa y
tropezon que deis ó á cada varapalo y latiga-
do que sufraís cristianamente. Todo eso lo
tenéis con decir con nosotros y con don Ama-
do: *pues hasta ahora no vamos mal* y por lo
mismo pasena universal al público y place-
nes á los señores ministros,

EL CURIOSO.

NUEVOS CONCEJALES.

Más allá del fango y de las miserias políticas, hay para los pueblos intereses sagrados, cuya conservación es de todos deseada y por ninguno combatida. En el número contamos las mejoras materiales y puramente económicas que los cuerpos municipales deben proporcionar a los pueblos, a los que vos tienen y cuyos intereses representan. Por esto los nosotros aplaudimos y alentamos siempre que en la elección de concejales elimine la cuestión política, por mas que los hombres de espíritu exclusivista no juzgen posible el fin si no viene de sus amigos y partidarios.

El conocimiento por otra parte, de que la admisión del cargo de concejal debe suponer en el que lo admite, la idoneidad suficiente para descompartir, hará nosotros sin atender a los motivos pífios que representan, sin ver detrás del concejal al amigo o al potentado, diligencia con lisura nuestro pensar en todas las ocasiones que se nos presenten y oírle.

—Ayer se ejecutó en el teatro del Circo, la función anunciada a beneficio del cuerpo de baile. La concurrencia era numerosa; el teatro estaba lleno en todas sus localidades, y el papel se vendió a buen precio; coseando mucho en toda el día, y concluyendo los

NOTICIAS OFICIALES.

por don Joaquin Francisco Pacheco, fiscal del tribunal supremo de Justicia. Un tomo con 6 entregas en Madrid para los suscritores 13 y 16 en provincias, y para los no suscritores en Madrid 16 y 19 en provincias.

Editor responsable, D. MANUEL LIENDO.

Circo.

Función para hoy 27. La representación de
IL NABUCCO,
en cuatro actos.

Variedades.

A las cuatro de la tarde:
 ANTONIO PEREZ Y FELIPE II.
 ma en cinco actos.

El drama en cinco actos, titulado
EL TERREMOTO DE LA MARTINICA.

Editor responsable, D. MANUEL LIBERO.